



## I. De los motivos que inspiran esta indagación

En un pasaje de *El Príncipe* Nicolás Maquiavelo enuncia un argumento que fue adoptado con pocas reservas por la tradición filosófica. Me refiero al antagonismo entre imaginación y realidad. Leamos el pasaje.

*"Pero siendo mi interés escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente buscar la verdadera realidad ("verità effettuale") de las cosas que la simple imaginación de las mismas. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación..."* (1992, 129, el destacado es mío)

Como podrá apreciar el amable lector, el texto, citado frecuentemente como paradigma del realismo político, es un sugerente *pre-texto* que invita a pensar en torno al estatuto filosófico de la imaginación y sus relaciones con la "verdadera realidad", así como a preguntarse por esas "repúblicas y principados imaginarios" y la relación que tendrían con la imaginación, el discurso y lo histórico-social, y a repensar, a la vez, de manera novedosa –hasta donde lo permita el alcance de esta indagatoria–, la compleja relación de sujeto y objeto, *psyche* y realidad, pensamiento, conocimiento y transformación efectiva de lo real-social.

En nuestros tiempos predomina un clima antiutópico. El discurso del poder dominante y los discursos subalternos, no cesan de proclamar

la muerte de la utopía –"la utopía de una sociedad sin utopías" (Hinkelammert, 1990, 13ss)– en unos casos, o el agotamiento de las energías utópicas y la declinación del imaginario correspondiente en otros (Habermas, 1994, 113ss). Por lo cual he creído significativo ensayar una elucidación de esos objetos discursivos que Maquiavelo llama "repúblicas y principados imaginados" y que aquí llamaré *ciudades imaginarias*, de sus relaciones con la ficción, la utopía, la crónica y la historia, en pos de evaluar sus consistencias e inconsistencias teórico-discursivas así como las tensiones que las atraviesan, y sugerir otros posibles enfoques que, contrario a ese espíritu de los tiempos que corren, permitan entender esa propensión al utopismo y a la ficción que otros autores han puesto de relieve (Manuel, 1984, t. I, 18) y que, a diferencia de Maquiavelo, expresan su necesidad, utilidad y vigencia.

## II. De los temas e ideas germinales

Las ciudades imaginarias –o *imagópolis*, como también las llamaré– constituyen el objeto de estudio que confrontaré a partir de la reconceptualización y revalorización teórica que esta investigación aportará en torno a la imaginación. De tal modo que el tema subyacente es el relativo a una *filosofía de la imaginación*: es decir, la indagación de la intrincada problemática epistemológica, ontológica e histórico-social que aquella connota en algunos momentos del pensamiento filosófico.

Se trata, por lo tanto, de un estudio que busca dilucidar una temática eminentemente teórica-discursiva: a partir de una indagación

de los desarrollos de la imaginación en diversas corrientes y pensadores filosóficos —que han sido seleccionados cuidadosamente a fin de darle consistencia a las propuestas metodológicas y conceptuales sostenidas en este documento—, procederé al análisis y teorización de unas producciones de discurso específicas: las ciudades imaginarias.

Como el lector podrá apreciar, el texto maquiaveliano citado consiste en una declaración utilitaria, pragmática y realista, con la que el autor intenta distanciarse de una hipotética ineficacia de los recursos imaginarios y de la utopía. La tesis que argumentaré es, *in nuce*, que, contrario a esta idea, dichos recursos instituyen todo utilitarismo, pragmatismo o realismo; que la misma concepción de tales posiciones es imposible sin un *imaginario* que los trame de parte a parte, que los articule y les dé consistencia discursiva. De modo que la imaginación, en este estudio, no será equivalente a mera ficción evasiva, ensoñación diletante o idealismo onírico —aunque también hace posible todo esto—, sino que, por el contrario, urde todo acto y pensamiento humano, tanto individual como social, desde el más contemplativo o delirante, hasta el más pragmático y concreto. La concepción de Maquiavelo puede denominarse *fetichismo de realidad* —para usar un término elaborado por Cornelius Castoriadis—, y como veremos, parte de una concepción ingenua del psiquismo, así como de una inadecuada valoración del papel desempeñado por la imaginación en la constitución del conocimiento y de la acción transformadora sobre la naturaleza y la sociedad. De forma que, cuando recomienda al *príncipe* el vademécum de realismo y efectividad política, el pensador florentino recurre a todo un imaginario social, a los recursos propios de una imaginación prolija que privilegia ciertas ideas-concepciones-acciones en detrimento de otras.

### III. De las ciudades imaginarias

Con esta denominación, como veremos en detalle en el *corpus* del trabajo, busco designar todo tipo de constructos discursivos que postulen ciudades-sociedades humanas: desde las puramente ficcionales, producto de una deliberada fabulación literaria, pasando por las que plantean

proyectos societarios utópicos generalmente orientados hacia la acción política, hasta las ciudades que son descritas por el cronista o el historiador.

Las ciudades imaginarias se ocupan de la descripción de múltiples *lugares* complejos o escenarios que adquieren concreción discursiva en la literatura, la filosofía (utopías y ciudades filosóficas), la crónica y la historia; estos géneros, a su vez, encuentran en la actualidad una expresión diversa en formatos narrativos tales como el cine, la televisión, las caricaturas, el urbanismo (tanto el constructivo como el ficcional), e incluso en el nuevo soporte digital que ofrece internet.

Al elegir este término, he intentado acuñar una denominación más amplia y comprensiva que la referida usualmente por el término *utopía*. Esto debido a que generalmente la utopía propone la intención de concretar proyectos societarios a futuro, y por ello está más ligada a la filosofía política y en buena medida a la praxis reformista o revolucionaria. En cambio las ciudades imaginarias abarcan ese amplio universo de relatos urbano-societarios, algunos de los cuales no contemplan en su propuesta una exigencia praxiológica ni una concreción histórica y quedan inscritas en un terreno meramente ficcional, con lo que su interés es eminentemente estético; otros relatos son fundamentalmente descriptivos y se producen como un discurso testimonial, consecuencia de la crónica de viajes o de la historiografía.

En este estudio busco demostrar que las ciudades imaginarias poseen, unas más que otras, un cierto contenido de ficción o fantasía, pero que todas ellas están *tramadas imaginariamente*, se trate, tal y como decía anteriormente, de relatos literarios, utopías, o crónicas e historias<sup>1</sup>.

1 De hecho, y para efectos de ilustrar el tópico, Marx y Engels polemizaron con el que ellos mismos denominaron “socialismo utópico” (Cabet, Saint Simon, Fourier, Owen), término que hacía alusión al contenido más o menos fantástico e imaginario de aquel tipo de proyectos societarios, frente a los cuales ellos oponían un socialismo que autodenominaron “científico” debido a su incorporación de la economía política y del materialismo histórico y dialéctico. Un análisis riguroso pondría de relieve la trama imaginaria de todo tipo de proyecto social, tanto el de los “socialistas utópicos” como el marxista.

En la narración mítica aparece ya la descripción de los primeros escenarios imaginarios, muchos de ellos relatados como paraísos o ciudades celestes habitados por dioses o entidades míticas, así como infiernos, ciudades terrenales o subterráneas en donde viven demonios, animales fantásticos y fuerzas relacionadas con el mal, la desgracia, la catástrofe, la incertidumbre o el hambre (Mosterín, 1983, t. I, 8 ss; Manuel, 1984, 55, t.I ss).

En la escritura posterior, vamos a encontrar una profusión de este tipo de relatos en varios de los géneros que he mencionado anteriormente. En la obra de Homero, Hesíodo y Ovidio, así como en la *Ciropedia* de Jenofonte, en algunos pasajes de la *Biblioteca de la Historia* de Diodoro Sículo, y en las vidas de Solón, Licurgo y Plutarco, se encuentran narradas, con mayor o menor precisión, diversos escenarios imaginarios de tinte utopizante. Platón ideó algunas ciudades imaginarias en la *República*, en las *Leyes*, en el *Critias* y el *Timeo*. Luciano de Samosata, en un tono satírico, legó una secuela de relatos de viajes a islas paradisíacas, los que había heredado de las novelas helenísticas, muchas de ellas desaparecidas (Manuel, 1984, t. I, 14). Aristófanes en *Las aves* fabula sobre una ciudad construida en las nubes. Las crónicas y la historia desde Herodoto y Tucídides narran multitud de eventos ocurridos en las ciudades de la época.

A lo largo del medioevo, con la *De civitate Dei* de San Agustín se propicia una vasta relación de ciudades celestes, inspiradas por el imaginario milenarista y apocalíptico propio del cristianismo. Esa producción discursiva se vio animada, además, por las disputas y escisiones eclesias-ticas, la beligerancia de sectas y movimientos cismáticos; cada cual a su manera daba versiones peculiares de la Nueva Jerusalem, de la Ciudad milenaria, así como de otros escenarios fantásticos, tales como los descritos en el país de *Jauja*, en la *cena de Porfirio*, o en las *carmina burana*, entre otros. En las obras de Chaucer (Cf. *Los cuentos de Canterbury*), Petrarca (Cf. *África. Los hechos memorables*), Dante (*La divina comedia*), Boccaccio (*Decamerón*), Rustichello de Pisa (*Los viajes de Marco Polo, o Libro de las maravillas*) o Juan de Mandeville (*Libro de las maravillas del*

*mundo*), así como en algunos textos anónimos, encontramos descripciones y fabulaciones de ciudades imaginarias, producto de las crónicas de los viajeros medievales o de elaboraciones poéticas y narrativas.

Con los utopistas renacentistas europeos, la temática adquiere preeminencia. Thomas Moro, con su *Utopía*, proporciona un nombre clave –y en cierto modo un estatuto conceptual, aunque provisional y en constante discusión– para denominar este tipo de constructos discursivos. De hecho, a partir de entonces se denominaron *utopías* no sólo a las elaboraciones posteriores al Renacimiento, sino también a las anteriores.

Las edades moderna y contemporánea han producido una ingente cantidad de *imagópolis* que han rebasado el discurso filosófico y literario, encontrando un fértil desarrollo en algunos de los formatos narrativos ya mencionados (cine, televisión, caricaturas, etc.) cuya característica principal es la preeminencia de lo visual frente a lo escrito.

La profusión de este tipo de construcciones discursivas y la amplia cantidad de fuentes disponibles, hace imprescindible la tarea de precisar conceptualmente las matrices que les dan origen, así como sus texturas ideacionales y filosóficas, sus modelos narrativos y sus raíces históricas y culturales.

Por sus características peculiares, las ciudades imaginarias, en tanto elaboraciones discursivas, constituyen un tema que involucra a la filosofía en el ámbito del psiquismo, el lenguaje, el arte y la política, además de generar y demandar desarrollos interesantes en el orden lógico, epistemológico, ontológico y estético. En la presente investigación este conjunto de temas y categorías filosóficas se articularán, en una suerte de deriva o diseminación, a partir de la elucidación de una filosofía de lo imaginario como instituyente de lo social-histórico.

#### IV. Del discurso sobre las ciudades imaginarias

En la narrativa de las ciudades imaginarias se encuentran diversas tensiones que surgen, por un lado, de la confrontación entre sus géneros

narrativos y, por otro, de su contrastación con las ciudades reales.

De este modo, entre las ciudades utópicas y las ficcionales —que son las que postulan el utopista y el fabulador, con un sentido desiderativo y/o estético—, y, por el otro lado, las ciudades que describe el cronista y el historiador, que son de carácter testimonial y descriptivo, la tensión que menciono tiene que ver con el estatuto discursivo, la objetividad/subjetividad y la veracidad de sus respectivos discursos. Estamos en un ámbito discursivo en el que por un lado se genera la ciudad *ideal*, que consiste en una construcción *a priori* por parte de quien las imagina, y por otro lado la ciudad narrada que se plasma en la crónica de quien está describiendo un constructo urbano *real, fáctico, a posteriori*. Mi propuesta es que ambas construcciones discursivas son giros de un proceso imaginario equivalente, que implica un conjunto de presupuestos lógicos, epistemológicos, ontológicos, estéticos, políticos y culturales relevantes tanto para el proceso de *ficcionalizar* como de *describir* ciudades, sin los cuales, además, como buscaré argumentar a lo largo de este estudio, no es posible ninguna elaboración intelectual significativa. Una tensión similar, pero de menor intensidad, la encontramos entre las ciudades utópicas y las fabulosas. Su contraste es menor, puesto que ambos géneros se han mezclado habitualmente y no es sino a raíz de una vasta crítica, aunque relativamente reciente<sup>2</sup>, del género

utópico y el consecuente esfuerzo por definir su condición teórica, que el discurso propio de la utopía política puede diferenciarse de la ficción literaria.

La segunda tensión es la que se produce entre las ciudades imaginarias en su conjunto y las ciudades reales. Por ciudades reales entiendo las que *están ahí*, o bien las que *estuvieron ahí*, es decir, las que han sido producto de experiencias humanas e histórico-sociales concretas. Por lo cual debemos entender que las ciudades reales son metadiscursivas, es decir, desbordan lo puramente discursivo y se constituyen en megaobjetos fácticos, funcionales, utilitarios, habitables, transitables, visualizables, audibles, productivos y estéticos, pero, a la vez, por una especie de efecto dialéctico-recursivo<sup>3</sup>, es posible leer en ellas el discurso que instituye su profusa conformación simbólica y signica, fuente de una semiosis ilimitada, en tanto constituye el habitáculo de una experiencia concreta de vida histórica y social humanas. Esta tensión permite un contraste relativo entre ciudades imaginarias y ciudades reales. Ambos constructos guardan autonomía y a la vez están imbricados de cierta manera, sin que de uno se siga el otro mecánicamente —una ciudad

---

muy significativa. Revolucionarios, pensadores, militantes de diversas orientaciones políticas le han dado al tema una importancia y una vigencia de primer orden para nuestro continente. Entre los autores destacados deben mencionarse a Fernando Ainsa, Franz Hinkelammert, Horacio Cerutti, Arturo Andrés Roig, entre otros. Pero se trata de un proceso relativamente reciente si lo comparamos con la longevidad del género.

2 Una crítica sistemática del género utópico se inicia con el marxismo durante el siglo XIX. Destacados pensadores posteriores tales como Ernst Bloch, Karl Mannheim y Herbert Marcuse, entre otros, prosiguieron una elaboración crítica, con diversas orientaciones y resultados, lo que ha enriquecido el género y problematizado su estatuto teórico y conceptual. Autores de la talla de Sigmund Freud y Max Weber, así como una amplia gama de autores marxistas y anarquistas, han ejercido una influencia muy fuerte aunque no hayan desarrollado sistemáticamente la temática utópica. A ellos se le debe añadir una constelación de literatos que han creado y recreado utopías y antiutopías, de estudiosos del género así como de historiadores de las ideas utópicas. En América Latina la producción crítica en torno al pensamiento utópico ha sido abundante y

3 El concepto de *recursividad* lo usaré metafóricamente para aludir a la dinámica de los procesos complejos de significación, los cuales sugieren la multifocalidad de los diversos niveles de lectura y significación, así como su multidireccionalidad y su múltiple implicación. Lo he tomado, de forma amplia y no estricta (es decir sin aspirar a una rigurosidad matemática), a partir de su conceptualización por parte de Douglas R. Hofstadter en su obra *Göedel, Escher, Bach*. Cf. caps. III y V. En el desarrollo de mi exposición se podrá entender su relación con la propuesta de Cornelius Castoriadis en torno a una lógica y una ontología no conjuntista e indeterminada.

real nunca ha sido un calco determinista de una ciudad imaginaria, tampoco a la inversa.

Sin embargo, mi interés recaerá sobre la primera tensión (ciudades ficcionales y utópicas/ciudades descritas por el cronista-historiador), toda vez que lo que me interesa es discutir y argumentar en torno a los procesos imaginarios y discursivos que suceden en el umbral que produce dicha tensión. De la segunda tensión (ciudades imaginarias-ciudades reales) no me ocuparé, ya que requeriría de una investigación distinta, tal vez más cercana a una filosofía del urbanismo y de la arquitectura, lo que, como se comprenderá, no es el foco de interés específico del presente trabajo.

## V. De la hipótesis

Las reflexiones que articulan este trabajo se han producido a partir del siguiente planteamiento hipotético: “Los procesos discursivos consistentes en *ficcionalizar* (lo prospectivo/desiderativo propio del utopista o del artista) por un lado, y en *describir* (propio del cronista o el historiador) por el otro, son —a partir de un cierto enfoque de la filosofía de la imaginación— esencialmente *equivalentes*, ya que la construcción discursiva, tanto *a priori* (ficcionalizar), como *a posteriori* (describir), está tramada por un conjunto de categorías lógicas, epistemológicas, ontológicas, estéticas, políticas y culturales que le dan consistencia al acto imaginario que sirve de base para ambas producciones discursivas.”

Lo anterior brinda una propuesta de investigación para confrontar esa corriente teórica que Castoriadis ha denominado *fetichismo de realidad* y que, como veremos, tiene distintos matices y énfasis.

El *fetichismo de realidad*, como señalamos anteriormente, está llanamente expresado por ese realismo ingenuo presente en el texto de Maquiavelo. Sin embargo, es también una idea que ha prevalecido en cierta orientación de las ciencias sociales contemporáneas, producto, en buena medida, de una interpretación mecanicista del marxismo. Me refiero a posturas en las que se jerarquizan y se fijan categorías tales como “infraestructura” y “superestructura”, “teoría” y “práctica”, “ideología” y “ciencia”, “objetividad” y “subjetividad”, entre otras. En relación con estas

dos últimas, ha sido usual caracterizar la crónica, la descripción histórica o el análisis sociológico como “objetivos”; y *contrario sensu*, a la narración utópico-filosófica, los discursos estético-literarios, tales como la poesía y la narrativa, como discursos “subjetivos”. De aquí se derivan juicios peyorativos y retóricos a nivel de la comunicación cotidiana y criterios de evaluación política que se utilizan para desautorizar o privilegiar ciertas formas de discurso, así como diversas pautas teóricas para juzgar —a mi criterio ingenuamente— la validez de aquellas construcciones narrativas que se ubican en uno u otro campo. Es usual que en ciencias sociales se privilegie una elaboración teórica que, siguiendo ciertas pautas de escritura, composición y estilo, se considere “objetiva”, y, a la inversa, se desestime el aporte de aquellas otras que, apartándose de ese tipo de pautas, se caracterizan como “subjetivas”. La idea que sustentaré al respecto es que cualquier construcción discursiva (fábula, utopía, novela, crónica histórica, diagnóstico sociológico, etc.) parte de una trama imaginaria fundamental, lo que aquí llamaré un “imaginario”, y que será la *intencionalidad* del sujeto discursante, *prima facie*, la que define su carácter fabulador, intimista, ensoñador, realista, objetivista, o bien la mezcla de esos caracteres. A lo cual debe agregarse, sin embargo, otros factores que eventualmente pueden transformar el carácter de un discurso. Por ejemplo, un texto de física griega antigua ha perdido su vocación “objetiva” (pese a la intención original del autor) y conserva actualmente un interés de tipo literario, filosófico, histórico, estilístico o estético. Este aspecto tiene que ver con la lectura histórica que se hace de un texto, con su ajuste a la realidad —su tensión o efecto ontológico— y cómo es evaluada desde otros imaginarios. No obstante, no es tan sencillo eliminar el trasfondo objetivo de un texto de aquella naturaleza: puede que ciertas lecturas permitan, por medio de una aproximación hermenéutica, interpretar la dimensión objetiva de la sociedad que lo hizo posible. Así, la intención del sujeto discursante es un elemento relativo y provisional, que por sí mismo no asegura la lectura o recepción de un texto en uno u otro de los sentidos apuntados. Serán de una gran importancia, al respecto, los temas de la referencialidad y de la tensión ontológica, así como lo

relativo a la recepción imaginaria y la semántica de los textos —aspectos que desarrollaré a lo largo de la investigación.

De esta forma, este trabajo se orienta a sostener que el momento subjetivo de toda construcción discursiva es básico y fundamental, en la medida en que expresa algún tipo de imaginario que ha sido asumido tanto en el plano individual como social; lo cual no implica que se trate del imaginario política y culturalmente dominante, ya que puede consistir en la manifestación de imaginarios emergentes, alternativos, transgresores o revolucionarios, los que tienen vigencia para ciertos sectores y actores que los encarnan política y socialmente, y que concurren en el espacio societario para disputar la hegemonía del imaginario instituyente. Por ello las categorías de subjetividad y objetividad, entre otras, pierden esa condición absoluta y toman un sentido relativo y dinámico: todo imaginario está compuesto por una constelación de elementos “subjetivos” y “objetivos”, que responden al proceso de la construcción de la subjetividad, a la compleja trama imaginaria que produce la socialización del sujeto discursante y praxiológico, y es justamente por ese tamiz por el que pasa todo discurso, incluso el más “realista” y “objetivizante”.

## VI. Del marco teórico

Esta investigación encuentra su apoyo teórico fundamental en una vertiente del pensamiento contemporáneo, específicamente en la obra del filósofo anarquista Cornelius Castoriadis relacionada con la filosofía de la imaginación instituyente.

En ese sentido, el marco teórico-metodológico que pondré en práctica se alimenta de la crítica realizada por Castoriadis al marxismo, al anarquismo, al psicoanálisis y a la semiótica, en sus versiones estructuralistas o funcionalistas. Pero esa crítica busca rescatar y potenciar —a fin de encontrar desarrollos más fértiles y sugerentes— aquellas categorías y marcos conceptuales que, en las corrientes mencionadas, sufrían significativos reduccionismos y empobrecimientos. En el enfoque propuesto, entonces, asumiré un instrumental teórico que combina distintas categorías y metodologías surgidas de esa labor crítica y constructiva, y de la consecuente superación dialéctica de las matrices

filosóficas que en su momento conformaron un *corpus* filosófico ortodoxo y con peligrosos visos dogmáticos.

Al respecto es oportuno mencionar que la crítica castoriadiana ha logrado una suerte de síntesis de algunos desarrollos teóricos presentes en las corrientes filosóficas señaladas. Así por ejemplo, frente a la usual separación y confrontación entre psicoanálisis y marxismo<sup>4</sup>, Castoriadis busca una síntesis entre el psiquismo y lo histórico-social, intentando superar tanto el lastre biologista y mecanicista del primero, como el carácter determinista y funcionalista del segundo. Sin embargo, tal síntesis no es una mera hibridación, ya que Castoriadis las extrae de la lógica conjuntista y la ontología de la determinidad, para restituirlas en una lógica-ontología de la indeterminidad (*apeiron*)<sup>5</sup>, con lo cual transforma sustancialmente su carácter, potenciándolas como instrumentos conceptuales más ricos y complejos.

Para Castoriadis, la lógica conjuntista y la ontología de la determinidad constituyen la matriz esencial de la tradición filosófica, y consisten, sucintamente, en una propensión teórica a agotar las dimensiones del ser en el ámbito de lo que puede ser ordenado y clasificado en conjuntos. Complementariamente, es lo que puede ser entendido en una perspectiva ontológica dominada por un determinismo con pretensiones de establecer el orden de lo existente en términos precisos y acabados, lo cual, como se podrá vislumbrar, es el campo propicio para el desarrollo de las posturas dogmáticas y mecanicistas presentes tanto en el marxismo como en el psicoanálisis a raíz de diversas influencias del funcionalismo y del estructuralismo.

En este sentido, la labor castoriadiana consiste en liberar múltiples categorías de los tratamientos

4 Conviene recordar que Wilhelm Reich, Herbert Marcuse y Erich Fromm —cada cual con distintas orientaciones— son algunos de los primeros pensadores que logran una síntesis de tesis marxistas y psicoanalíticas.

5 En los párrafos §4, §5, §9 y §10 especificaré en detalle y desarrollaré ampliamente lo relativo a esta lógica-ontología de la determinidad y de la indeterminidad propuesta por Castoriadis; aquí tan sólo enuncio algunos aspectos preliminares.

reduccionistas y burdamente conjuntistas y clasificatorios e incorporarlas en una matriz más dúctil, libre del determinismo y los meros juegos de opuestos, tan preciados por el estructuralismo.

De igual modo, Castoriadis procede a postular nuevas categorías (magma, imaginario, significaciones sociales imaginarias, etc.), las cuales están pensadas desde una nueva concepción indeterminista y le permiten llevar adelante su investigación, logrando aportes teóricos sustantivos para un enfoque novedoso de la filosofía de la imaginación y su articulación histórico-social<sup>6</sup>.

No obstante, hay que señalar que esa nueva lógica-ontología indeterminista comprende a la lógica-ontología determinista y conjuntista —a la que Castoriadis también llama *ensídica*<sup>7</sup>—, lo cual significa que el proceso reflexivo se mueve en esos dos registros, puesto que la primera no invalida la segunda, de modo tal que el trabajo de argumentación y exposición, a costa de arriesgar su clara intelección, debe necesariamente usar los recursos tradicionales del determinismo y la clasificación conjuntista. Lo que hace Castoriadis, en este sentido, es señalar constantemente los límites de la lógica-ontología tradicional, ubicándola en un ámbito de su reflexión, pero advirtiendo constantemente que no es la única posible, que se trata de un recurso de exposición y desarrollo, válido pero insuficiente y limitado a la hora de confrontar temas como lo imaginario, el inconsciente, lo histórico-social, etc.

En la exposición y escritura de esta investigación —como lo está obligado todo discurso que

busque su inteligibilidad— se procede igualmente de acuerdo con la lógica-ontología conjuntista determinista (la estructura sujeto-predicado y la organización y correspondencia de elementos significativos). Su uso es necesario para la explicitación de la misma lógica-ontología no ensídica. Es decir, si bien se buscará señalar constantemente los límites y aporías de ese marco lógico-ontológico específico, esto se hará en términos identitarios y conjuntistas, por lo que la argumentación en términos no ensídicos se refiere, no a una forma discursiva propiamente hablando, sino al esbozo de un horizonte filosófico en el que sea posible postular los problemas teóricos y metodológicos en su complejidad, en sus contradicciones y aporías, así como en su densa imbricación, surgidos en el proceso reflexivo.

## VII. De los contenidos

Como ya lo mencioné, el contenido de esta obra está tramado por el tema de la filosofía de la imaginación, el cual subyace y articula el tema central, a saber, el de las ciudades imaginarias.

La primera parte está dedicada, en consecuencia, al estudio del tema de la imaginación y del discurso. En el primer capítulo realizo una recapitulación selectiva y un estudio crítico de lo que he considerado como algunos de los momentos más significativos para el desarrollo de una filosofía de la imaginación. Por las características de esta indagación, estudiaré, con cierto nivel de detalle, las interpretaciones del psiquismo, la problemática epistemológica y el proceso en el que se va decantando el estatuto de la imaginación en autores como Platón, Aristóteles, Immanuel Kant y Cornelius Castoriadis, principalmente. Con ello me interesa dilucidar una propuesta teórica consistente sobre la imaginación, el imaginario, el discurso y lo histórico-social, con el fin de sustentar mi reflexión sobre las ciudades imaginarias.

En el segundo capítulo realizo una indagación filosófica en torno al discurso, para lo cual considero los aportes del estructuralismo, la hermenéutica y la teoría del imaginario, a partir de autores como Roland Barthes, Paul Ricoeur y Cornelius Castoriadis, de quien retomo lo desarrollado en el capítulo anterior.

6 Autores como Gastón Bachelard, Henri Bergson, Jean-Paul Sartre, Martin Heidegger, Gilbert Durand, Wilhelm Szilasi, Philippe Malrieu, Paul Ricoeur, María Noel Lapoujade, Bronislaw Baczko y Maurizio Ferrari, entre otros, también han desarrollado importantes estudios filosóficos sobre la imaginación y el imaginario a partir de diferentes enfoques, entre los que se pueden mencionar la fenomenología, el estructuralismo o la hermenéutica. Aquí emplearé algunas de esas contribuciones. Sin embargo, la obra de Castoriadis será la fuente principal.

7 El término es el apócope de las palabras francesas *ensemblista-identitaire*. El traductor ha preferido mantener la forma original de la abreviatura (Cf. Castoriadis, 1998b, 25, nota al pie).

La segunda parte aborda específicamente el tema de las ciudades imaginarias. En el tercer capítulo, propongo un conjunto de categorías discursivas y modelos descriptivos que, a partir de una *semántica de la imaginariadad*, permitirán el análisis de los relatos en los que se describen ciudades imaginarias.

Los capítulos cuarto, quinto y sexto, estudian las ciudades literarias, utópicas e históricas respectivamente.

El documento terminará con un epítome dedicado a exponer las conclusiones y consecuencias que se desprenden de la presente investigación.

VII. DE LOS COMENZAMOS

El presente documento es el resultado de un proceso de investigación que se inició en el año 2000 y que se ha desarrollado a lo largo de los últimos años. Este proceso ha sido el resultado de una serie de reflexiones y debates que se han llevado a cabo en el ámbito académico y en el ámbito de la enseñanza. El presente documento es el resultado de un proceso de investigación que se inició en el año 2000 y que se ha desarrollado a lo largo de los últimos años. Este proceso ha sido el resultado de una serie de reflexiones y debates que se han llevado a cabo en el ámbito académico y en el ámbito de la enseñanza. El presente documento es el resultado de un proceso de investigación que se inició en el año 2000 y que se ha desarrollado a lo largo de los últimos años. Este proceso ha sido el resultado de una serie de reflexiones y debates que se han llevado a cabo en el ámbito académico y en el ámbito de la enseñanza.

El presente documento es el resultado de un proceso de investigación que se inició en el año 2000 y que se ha desarrollado a lo largo de los últimos años. Este proceso ha sido el resultado de una serie de reflexiones y debates que se han llevado a cabo en el ámbito académico y en el ámbito de la enseñanza. El presente documento es el resultado de un proceso de investigación que se inició en el año 2000 y que se ha desarrollado a lo largo de los últimos años. Este proceso ha sido el resultado de una serie de reflexiones y debates que se han llevado a cabo en el ámbito académico y en el ámbito de la enseñanza. El presente documento es el resultado de un proceso de investigación que se inició en el año 2000 y que se ha desarrollado a lo largo de los últimos años. Este proceso ha sido el resultado de una serie de reflexiones y debates que se han llevado a cabo en el ámbito académico y en el ámbito de la enseñanza.